

Mouret quedóse turbado, agolpándosele toda la sangre al rostro.

—Á fe mía, tal vez tengais razon—respondió sonriendo.— Bajad á ver la venta. Va en aumento; ayer se hicieron más de cien mil francos.

VII

Por unos momentos quedó Dionisia aturdida en la calle, bajo el sol abrasador de las cinco de la tarde. El mes de Julio fundía el empedrado. París tiene en su luz del estío deslumbradoras reverberaciones. La catástrofe acababa de ser tan brusca, la habían despedido tan rudamente, que tocando en el fondo de su bolsillo los veinticinco francos setenta céntimos, maquinalmente se preguntaba dónde iba á ir y qué iba á hacer.

Una fila de carruajes la impedía dejar la acera de *La Dicha de las Damas*. Cuando pudo aventurarse entre las ruedas cruzó la plaza Gaillon, como si hubiera querido entrar en la calle de Louis-le-Grand; luégo retrocedió y bajó á la calle de Saint-Roch; pero como no tenía proyecto alguno, se detuvo en la esquina de la calle Neuve-des-Petits-Champs, por la que al fin siguió, despues de haber mirado al rededor suyo con indecision. Llegó al pasaje Choiseul y entró en él; siguió por la calle de Monsigny, y sin darse cuenta de ello fué á dar á la calle Neuve-Saint-Augustin. Su cabeza se aturdió, y al ver á un mozo de cuerda recordó su baul; pero ¿á dónde hacerlo llevar? ¿Tenía todavía casa y lecho donde quedarse aquella noche?

Fijó entónces sus miradas en las casas y examinó sus ventanas. Los anuncios desfilaban y los veía confusamente, agitada sin cesar por aquel estremecimiento interior. Se veía sola, perdida en aquella gran ciudad desconocida, sin apoyo, sin recursos, y sin embargo era preciso comer y dormir. Las calles se sucedian unas á otras; la calle de los Moulins, la de Saint-Anne. Cruzó el barrio en todas direcciones, volviendo siempre á la única calle que conocia. De pronto se detuvo estupefacta, se hallaba de nuevo delante de *La Dicha de las Damas*, y huyendo de allí se lanzó por la calle de la Michodiére.

Felizmente el tío Baudu no estaba en la puerta; *El Viejo El-*

bauf parecía muerto detras de sus vidrieras negras. Nunca ella se hubiera atrevido á presentarse en su casa, porque él fingia no conocerla, y Dionisia no queria vivir á sus expensas durante la desgracia que la habia predicho. Al otro lado de la calle un cartel amarillo la llamó la atencion. *Cuarto amueblado para alquilar*; era el primero que no la deslumbraba; tan pobre parecia la casa. Despues la reconoció, con sus dos pisos bajos, su fachada de color amarillento, ahogada entre *La Dicha de las Damas* y el antiguo hotel Duvillard. En el dintel de la tienda de paraguas el viejo Bourras, con cabellos y barba de profeta y antecjos en la nariz, contemplaba el marfil de un puño de baston. Como arrendatario de toda la casa, subarrendaba amueblados los dos pisos para disminuir su alquiler.

—¿Teneis un cuarto, caballero?—preguntó Dionisia, obedeciendo á un impulso instintivo.

Alzó sus turbios ojos, quedando sorprendido al verla. Conocia á todas aquellas señoritas, y respondió, despues de haber mirado su limpio traje y honesta figura:

—No sirve para vos.

—¿Cuánto renta?—repuso Dionisia.

—Quince francos al mes.

Dionisia quiso verlo. En la estrecha tienda, al observar que el viejo la miraba con extrañeza, le contó su salida del almacén y su deseo de no molestar á su tío. Por fin, el viejo fué á buscar una llave sobre una tabla de la trastienda, una piececita oscura que le servia de cocina y dormitorio. Desde allí, á traves de una vidriera polvorienta se percibía el hueco de un patio interior de dos metros escasos de largo.

—Yo paso delante para que no os caigais—dijo Bourras en un pasillo húmedo paralelo á la tienda.

Despues de tropezar en el primer escalon, subió, multiplicando las advertencias. ¡Cuidado! el pasamano estaba junto al muro; al volver habia un agujero, algunas veces los inquilinos dejaban allí la basura. Dionisia, en una oscuridad completa, no distinguia nada; solamente sentia la frescura de las húmedas paredes. En el primer piso, una ventana que daba al patio permitia ver vagamente, como en el fondo de un lago tranquilo, la escalera torcida, las paredes negras y las puertas desvencijadas y despintadas.

—Sí, uno de los dos cuartos está todavía desocupado—repitió Bourras.—Estaréis bien... siempre están ocupados por señoras.

En el segundo piso, más luz, aunque todavía pálida, iluminaba la estrechez del local. Un muchacho, panadero, ocupaba el primer cuarto; el que se hallaba vacante era el otro, el del fondo. Cuando Bourras le abrió tuvo que quedarse en el pasillo para que Dionisia pudiera verlo á su gusto. El lecho, colocado en el ángulo de la puerta, dejaba paso escasamente para una persona; al extremo habia una pequeña cómoda de nogal, una mesa de abeto, negra, y dos sillas. Los inquilinos que guisaban algo se arrodillaban delante de la chimenea, donde habia un hornillo de tierra.

—¡Dios mio!—decia el viejo;—esto no es lujoso, pero la ventana es alegre y se ve la gente que pasa por la calle.

Al ver á Dionisia mirar con sorpresa el ángulo del techo, encima de la cama, donde alguna huéspedada habia escrito su nombre, *Ernestina*, pasando la llama de una bujía, continuó con voz risueña:

—Si se fuera á reparar, nunca uniria uno los dos cabos... En fin, esto es lo que tengo.

—Estaré aquí muy bien—dijo la jóven.

Pagó un mes adelantado, pidió ropas, dos sábanas y dos servilletas, é hizo en seguida su lecho, contenta por saber dónde iba á dormir aquella noche. Una hora despues envió un mandadero para buscar su baul, y se encontró instalada.

Los dos primeros meses fueron de horrible miseria. No pudiendo pagar la pension de Pepé, se lo habia traído y lo acostaba sobre un sofá viejo que Bourras la habia prestado. Gastaba únicamente treinta sueldos diarios, incluyendo el alquiler, prefiriendo comer pan seco para poder dar un poco de carne al pequeño. La primera quincena pudo conllevarse: Dionisia empezó á vivir con diez francos; despues tuvo la fortuna de hallar al comerciante de corbatas, que le pagó sus diez y nueve francos; pero más adelante su falta de recursos fué completa. Se presentó en los almacenes de la plaza Clichy, en el *Bon-Marché*, en el *Lowre*; la estacion de verano paralizaba todos los negocios, y en todas partes la decian qué volviera para Octubre; más de cinco mil empleados de comercio, desocupados como ella, corrian las calles sin colocacion. Entónces trató de buscar pequeñas labores; pero sin conocer á Paris no sabia dónde dirigirse; aceptaba trabajo y no siempre cobraba su importe. Un dia dió de comer á Pepé unas sopas, diciéndole que ella habia comido fuera; despues se acostó; la cabeza le zumbaba y la fiebre le quemaba las manos. Cuando Juan caía brus-

camente en medio de aquella miseria, se trataba á sí mismo de bandido con una violencia y desesperacion tal, que ella se veia obligada á mentir; á veces áun hallaba medio de deslizarle alguna pieza de cuarenta sueldos para probarle que tenia economías. Nunca lloró delante de sus hermanos, teniendo el valor de mostrarse siempre risueña. Los domingos, cuando podía cocer un trozo de ternera en la chimenea, de rodillas en el suelo, él cuartito retemblaba con alegría de casa bien acomodada.

Despues Juan volvía á casa de su patrona y Pepé se dormía, miéntras ella pasaba una noche horrible pensando con angustia en el mañana.

Otros temores la desvelaban tambien. Las dos señoras del primer piso recibían visitas muy tarde, y algunas veces alguno se equivocaba y se ponía á llamar con el puño en su puerta. Bourras la habia dicho tranquilamente que no respondiera, y ella metía la cabeza debajo de la almohada para no oír los juramentos. Además, su vecino el panadero habia querido bromear con ella; éste no volvía á casa hasta por la mañana y la acechaba cuando iba á buscar agua, divirtiéndose tambien en hacer agujeros con un clavo para verla lavarse, lo que la obligaba á colgar su ropa á lo largo de la puerta. Pero todavía sufría más con las importunidades de la calle, con las persecuciones de los transeúntes. No podia bajar á comprar, sobre aquellas aceras enlodadas donde rodaba la perversión de los barrios viejos, sin oír tras de ella una respiracion ardiente, palabras crueles y obscenas; los hombres la perseguían hasta dentro del oscuro pasillo, envalentonados por el aspecto miserable de la casa. ¿Por qué no tenía un amante? Esto extrañaba á todos y parecia ridículo. Sería preciso que algun día sucumbiera. Ella misma no podia explicar su resistencia bajo la amenaza del hambre, respirando aquella atmósfera viciada que la rodeaba.

Una noche Dionisia no tuvo pan para la sopa de Pepé, cuando un señor condecorado empezó á seguirla: al llegar al pasadizo sus insinuaciones fueron tan brutales, que impresionada desagradablemente le dió con la puerta en las narices. Al llegar á su cuarto sentóse alterada y temblorosa. El niño dormía. ¿Qué le respondería si al despertarse la pedia pan? Sólo le hubiera costado ser complaciente para que su miseria hubiera tenido fin; entónces hubiera tenido dinero, trajes, buen cuarto. Segun habia oído decir, todas las mujeres llegaban á eso, porque en París nin-

guna podía vivir de su trabajo solamente. Pero su instinto se rebelaba ante estas ideas, sin indignarse contra las demás; le repugnaban las cosas irregulares y feas. Se formaba de la vida una idea de lógica, de prudencia y de valor.

Muchas veces Dionisia pensaba en su porvenir; su memoria le recordaba una cancion antigua, la de la esposa del marino, cuyo amor le servía de escudo en los peligros de la ausencia. ¡Cuántas veces en Valognes cantaba el sentimental estribillo mirando la desierta calle! ¿Tendría ella el corazón sensible siendo tan varonil? Recordaba todavía á Hutin tan lleno de inconveniencias. Mañana y tarde le veía pasar bajo su ventana. Ahora que habia ascendido á segundo, cruzaba solo en medio del respeto de los que eran simplemente dependientes. Aun cuando nunca alzaba la cabeza, Dionisia creía humillar su orgullo siguiéndole con la vista sin temor de ser sorprendida; mas cuando veía á Mouret, que tambien pasaba todos los días, se ocultaba, vivamente agitada por un ligero temblor, latíendole su corazón más apresuradamente que de costumbre. ¿Qué necesidad tenía Mouret de saber dónde ella vivía? Además se avergonzaba de la casa y todavía sufría al recordar lo que debió pensar de ella, por más que nunca volvería á hablarle.

Dionisia vivía arrullada todavía por el rumor de *La Dicha de las Damas*: un tabique separaba solamente su cuarto del antiguo mostrador; desde por la mañana oía subir á los empleados; luego el rumor de la venta. Los menores ruidos bamboleaban aquella vieja construccion situada al lado del coloso, llenándolo todo de polvo. No podia evitar ciertos encuentros; dos veces se habia hallado frente á frente con Paulina, que se le habia ofrecido, sintiendo verla desgraciada: tambien entónces se habia creído obligada á mentir, para evitar el recibir á su amiga ó el ir á visitar algun domingo á casa de Baugé. De quien se defendía más dificilmente era de Deloche: éste la espiaba, no ignorando nada de cuanto la sucedía; la esperaba en el umbral de la puerta; y un día quiso prestarla treinta francos.

—Aceptad—le decia ruborizándose—las economías de un hermano.

Estos encuentros la recordaban el almacén, enterándose de todo cuanto allí pasaba como si no lo hubiera dejado.

Nadie subía nunca á la habitacion de Dionisia. Por eso una mañana, despues del mediodía, la extrañó oír llamar en su puer-

ta. Era Colomban. Le recibió de pié, y éste, muy cortado, empezó balbuceando por preguntarla cómo seguía; después habló de *El Viejo Elbeuf*. Tal vez el tío Baudu le enviaba, pesaroso de su rigor, pues aún continuaba sin saludar á su sobrina, aunque no debía ignorar la miseria en que se encontraba. Pero al preguntarle claramente qué comisión traía, Colomban quedó más turbado todavía: no, no era su principal quien le enviaba; por fin, concluyó nombrando á Clara: era simplemente el deseo de hablar de Clara lo que le traía. Poco á poco fué perdiendo su cortedad, pidiendo consejo, en la creencia de que Dionisia podría serle útil al lado de su antigua compañera. Dionisia le quitó esperanzas, reprochándole que hiciera sufrir á Genoveva por una joven sin corazón.

Al día siguiente volvió, tomando la costumbre de venir á verla. Esto bastaba á su tímido amor, volver sin cesar á la misma conversación á pesar suyo, temblando de alegría al pensar que se hallaba junto á una mujer que había tratado á Clara. Entonces Dionisia creía vivir aún más en *La Dicha de las Damas*.

Á fin de Setiembre la pobre joven conoció todos los horrores de la miseria. Pepé cayó enfermo con un gran catarro. Era preciso darle buenos caldos y no tenía ni aún pan. Una noche que agobiada sollozaba en uno de esos momentos sombríos que arrojan á las jóvenes al lodo ó al Sena, el viejo Bourras llamó con suavidad. Llevaba un pan y un bote lleno de caldo.

— Tomad — dijo con acento áspero — para el niño: no lloreis tan fuerte, que molestais á mis inquilinos.

Dionisia le dió gracias entre nuevos sollozos.

— Callad ya... Venid mañana á hablarme. Tengo trabajo que daros.

Desde el golpe terrible que se había dado *La Dicha de las Damas* creando una sección de paraguas, Bourras no empleaba ninguna obrera. Él mismo se lo hacía todo para compensar sus pérdidas; las limpiezas, arreglos y costuras. Además, como su parroquia disminuía tanto, apenas si había trabajo para él solo... Así es que al instalar en un rincón de su tienda al día siguiente á Dionisia, debió inventar quehacer para no ver morir de hambre á nadie en su casa.

— Os daré cuarenta sueldos diarios hasta que halleis trabajo en otra parte.

La joven tenía miedo de él, y concluía su trabajo tan pronta-

mente, que se hallaba perplejo para darle otro. Su obra se componía de telas de seda que coser ó encajes que arreglar. Los primeros días no se atrevía á levantar la cabeza, temiendo verle cerca de ella con su cabellera de león, su nariz encorvada y la mirada penetrante bajo las espesas cejas. Bourras tenía la voz dura y el gesto de loco, y las madres del barrio amenazaban á sus pequeños con ir á buscarle, como se amenaza con llamar á los gendarmes. Á pesar de eso, los pilluelos no pasaban nunca por la puerta sin dirigirle algún insulto, que él aparentaba no oír. Toda su cólera maniática descargaba contra los miserables que deshonraban su oficio, vendiendo como nuevos paraguas cuyos mangos estaban inservibles.

Dionisia temblaba cuando le oía gritar furioso:

— ¡El arte está perdido!.. ¿oís?.. No hay un mango bueno. ¡Hacen bastones; pero puños, se acabó!.. ¡Buscad un puño y os doy veinte francos!

Fundaba su orgullo en que ningún obrero de París era capaz de construir mangos como los suyos, ligeros y sólidos. Sobre todo esculpía las manzanas con un capricho encantador, variando siempre con frutos, flores, animales, cabezas hechas con expresión y minuciosidad. Un pequeño cortaplumas le bastaba, y pasaba sus días enteros con los anteojos sobre la nariz trabajando el boj ó el ébano.

— ¡Un atajo de ignorantes—decía—que se contentan con colocar las sedas en las ballenas! Compran los puños por gruesas en las fábricas... ¡Y venden cuanto quieren! ¿Oís? ¡el arte está perdido!

Dionisia acabó por acostumbrarse. Bourras quiso que Pepé bajara á jugar á la tienda, porque adoraba á los niños. Cuando el pequeño andaba á gatas nadie podía moverse: ella hacía sus composturas en su rincón, y él, delante de la vidriera, labraba la madera con ayuda de un cortaplumas. De este modo cada día traía las mismas ocupaciones y la misma conversación, que siempre recaía en *La Dicha de las Damas*, contando, sin omitir nada, su terrible lucha. Desde el año 1845 ocupaba la casa, que tenía escriturada por treinta años, mediante un alquiler de mil ochocientos francos, de los que pagaba ochocientos sólo por la tienda; pues de las habitaciones amuebladas sacaba los otros mil. Este alquiler era insignificante, y como él no tenía otros gastos podía tirar todavía mucho tiempo. Al oírle, parecía indudable que saldría vencedor devorando al monstruo.

De pronto se interrumpía para decir:

—¿Tienen ellos cabezas de perro como ésta?

Y entornaba los párpados detras de los anteojos para examinar la cabeza de dogo que esculpía, con el labio remangado, los colmillos fuera, y con un gesto como de gruñido lleno de vida. Pepé se extasiaba ante el perro, apoyando, para alzarse, sus bracitos en las rodillas del viejo.

—Con tal que yo junte los dos cabos, lo demas no me importa—continuaba diciendo, interin que perfilaba con delicadeza la lengua con la punta del cortaplumas.—Esos tunantes han matado mis beneficios; pero si no gano, tampoco pierdo, ó al ménos muy poco. ¡Estoy decidido á dejar la piel ántes que ceder!—y blandía su herramienta, agitando sus cabellos al empuje de la cólera.

—Sin embargo—se atrevía á decir Dionisia dulcemente, sin alzar la vista de su labor—si os ofrecieran una suma razonable, sería muy prudente el aceptar.

Entónces su feroz obstinacion estallaba.

—¡Nunca!.. ¡con la cabeza bajo la cuchilla diría que no, trueño de Dios!.. Mi escritura durará aún por diez años, y no tendrán la casa ántes de ese tiempo aunque me muriera de hambre entre las cuatro paredes desnudas... Ya han venido dos veces para engañarme. Me han ofrecido doce mil francos para mí, y el importe de los diez años, diez y ocho mil francos; treinta mil entre todo... ¡ni por cincuenta mil! ¡Yo los domino y quiero verlos caer á tierra delante de mí!

—Treinta mil francos es una cantidad muy bonita—repuso Dionisia.—Podiais haberos establecido más léjos... ¿Y si compran la casa?

Bourras terminó en aquel momento la lengua de su dogo y quedó absorto en su contemplacion con una sonrisa infantil vagamente extendida por su nevada fisonomia de Padre Eterno. Despues replicó:

—¿La casa? no hay peligro... El año pasado trataron de comprarla y daban ochenta mil francos, el doble de lo que vale; pero el propietario, un antiguo frutero, un avaro como ellos, quiso explotarlos; ellos desconfian de mí, ya saben que yo he de ceder aún ménos. ¡No, no, estoy y estaré! El Emperador con todos sus cañones no me desalojaría.

Dionisia no se atrevía á respirar. Seguía tirando de su aguja, miéntras el viejo dejaba escapar frases entrecortadas interin talla-

ba con su cortaplumas: aquello estaba empezando; más tarde se habian de ver cosas extraordinarias; tenía él ideas que arrasarian la seccion de paraguas; en el fondo de su obstinacion gruñía la rebelion del pequeño fabricante contra la vanidad de los dueños de bazar.

Entre tanto Pepé acababa de subirse á las rodillas de Bourras, alargando con impaciencia sus manos hácia el dogo.

—Dádmelo, señor.

—En seguida, pequeño mio—respondió el viejo con voz ligeramente cariñosa;—no tiene todavía ojos y es preciso hacérselos.

De nuevo se dirigió á Dionisia, miéntras labraba la madera:

—¿Oís aquí al lado qué ruido todavía? ¡Esto es lo que más me exaspera, palabra de honor! ¡Tenerlos sin cesar á mi espalda con el ruido de una locomotora!

Su mesita temblaba segun decia. Toda la tienda sufría sacudidas por la trepidacion del gentío que llenaba *La Dicha de las Damas*, y él pasaba los dias sin un comprador. Esto era hasta la noche un motivo eternamente repetido. Si habia habido un buen dia, golpeaban en la pared, la sedería ha debido hacer diez mil francos; ó bien él se regocijaba: la pared estaba fria; un aguacero habia matado la venta. Los rumores más insignificantes, los soplos más débiles alimentaban sus eternos comentarios.

—Callad! ¡han resbalado! ¡Ah, si pudieran todos romperse el espinazo!.. ¡Chist, querida mia! son señoras que disputan. ¡Tanto mejor, tanto mejor! ¡Eh? ¿oís caer los paquetes en el sótano? ¡Qué desagradable es eso!

No hacia falta que Dionisia discutiera sus explicaciones, porque él recordaba entónces amargamente la manera indigna con que la habian despedido, y despues ella tenía que contar por centésima vez su estancia en las confecciones, los sufrimientos del aprendizaje, los cuartitos malsanos, la mala alimentacion, la continua batalla de los dependientes; y los dos, desde la mañana á la noche, no hablaban más que del almacén, aspirándolo hasta en el aire que respiraban.

—Dadme, señor—repetía Pepé con las manos extendidas.

La cabeza de dogo se terminó por fin. Bourras la retiraba y la acercaba con alegría infantil.

—Ten cuidado, que te va á morder... Diviértete, y si es posible no la rompas.

Volviendo luégo á su idea fija blandía el puño hácia la pared.

—Creeis muy bien hecho empujar para tirar la casa... no lo conseguiréis aunque lleguéis á invadir todo el barrio.

Dionisia tenia ya pan para todos los dias. Sentia por el viejo comerciante de paraguas gran gratitud, porque latia un buen corazon bajo sus violentas extravagancias. Tenia, sin embargo, vivo deseo de encontrar trabajo en otra parte, porque al verle inventar obra comprendia que no le era necesaria una obrera en el trabajo de su comercio, y que tan sólo la ocupaba por caridad. Habian pasado seis meses, entrando de lleno la estacion del invierno. Dionisia desesperaba de encontrar casa ántes de Marzo, cuando una noche de Enero, Deloche, que la esperaba en el quicio de una puerta, la dió un consejo. ¿Por qué no se presentaba en casa de Robineau, donde tal vez tuvieran necesidad de obreras?

En Setiembre, Robineau se decidió á comprar las existencias de Vinçard, aunque temiendo comprometer los sesenta mil francos de su mujer. Pagó el pedido de sedas con cuarenta mil y se lanzó con los otros veinte mil. Poco era, pero detras de él estaba Gaujean, que le habia ofrecido créditos á largo plazo. Desde su contienda con *La Dicha de las Damas*, este último habia resuelto hacer al coloso competencia; y creia posible la victoria, creando en la vecindad comercios especiales donde los parroquianos encontráran artículos variados y escogidos. Sólo los ricos fabricantes de Lyon, como Dumonteil, podian aceptar las exigencias de los grandes almacenes; contentábanse con sostener sus telares, renunciando beneficiarse con la venta que pudieran hacer á casas ménos importantes. Pero Gaujean estaba léjos de tener las sólidas ventas de Dumonteil. Simple comisionista por espacio de mucho tiempo, no habia tenido telares suyos hasta hacia cinco ó seis años, y aún hacia él trabajar á sus obreros, á los cuales daba la primera materia y les pagaba á un tanto el metro. Este sistema, que hacia subir sus precios de venta, no le permitia luchar con Dumonteil para el surtido del *Paris-Bonheur*. Aconsejado por su rencor, vió en Robineau el instrumento de una batalla decisiva contra los bazares de novedades, á los que acusaba de arruinar la fabricacion francesa.

Al presentarse Dionisia halló sola á Mme. Robineau. Hija de un sobrestante de caminos y puentes, era del todo ignorante en asuntos comerciales; tenia todavia la timidez encantadora de una colegiala educada en un convento de Chartres. Bastante mo-

rena, muy linda, con una dulzura risueña que la daba gran encanto, adoraba á su marido, viviendo consagrada á su amor. Cuando Dionisia iba á dejar su nombre, Robineau entró y sobre la marcha aceptó sus servicios, pues una de sus dos oficiales le habia dejado la vispera para entrar en *La Dicha de las Damas*.

—No nos dejan un buen dependiente—dijo.—En fin, con vos estaré tranquilo, porque debeis odiarlos lo mismo que yo... Volved mañana.

Aquella noche Dionisia no sabia cómo anunciar á Bourras que le iba á dejar. En efecto, el viejo se incomodó, tratándola de ingrata; con las lágrimas en los ojos se defendió Dionisia, haciéndole entender que no le habia engañado con su bondad, pues bien comprendia que al darla trabajo no era porque la necesitara, sino tan sólo como una obra de caridad. Enterneciósese el viejo á su vez, asegurando que tal cosa no era cierta, ántes por el contrario, tenia mucho trabajo, y le abandonaba precisamente en el momento en que iba hacer un paraguas de su invencion.

—¿Y Pepé?—preguntó.

El niño era el mayor pesar de Dionisia. No se atrevia á mandarlo á casa de Mme. Gras, y tampoco podia dejarlo solo en su cuarto, encerrado desde la mañana hasta la noche.

—Está bien, yo le tendré—repuso el viejo.—En mi tienda se encontrará bien el chiquitin... guisarémos juntos.

Dionisia rehusaba, temiendo molestarle.

—¡Trueno de Dios! ¡desconfiais de mí!.. ¡no me comeré á vuestro niño!

Dionisia fué más feliz en casa de Robineau. La pagaba poco, sesenta francos al mes y mantenida, sin un tanto en las ventas, como en las casas antiguas. Pero la trataban con mucha dulzura, sobre todo Mme. Robineau, siempre sonriente en su mostrador. Él, nervioso, atormentado, se presentaba algunas veces más brusco. Al cabo de un mes Dionisia formaba parte de la familia lo mismo que la otra oficiala, una mujer bajita, enfermiza y siempre silenciosa. No se ocultaban de ellas para hablar de negocios, por la noche, en la mesa, en la trastienda, que recibia la luz de un patio grande y claro. Allí fué donde una noche se decidió entrar en campaña contra *La Dicha de las Damas*.

Gaujean habia venido á comer. Durante la comida él mismo abordó la cuestion con su clara voz de lionés.

—Va á ser imposible—repetia.—Ellos llegan á casa de Dumon-

teil, se reservan la propiedad de un dibujo, llevan de golpe trescientas piezas, exigiendo una rebaja de cincuenta céntimos por metro, y como pagan al contado se benefician todavía con el descuento del diez y ocho por ciento... Con frecuencia Dumonteil no gana arriba de veinte céntimos. Trabaja para ocupar sus telares, porque todo telar que huelga es telar que muere... Ahora bien, ¿cómo queréis que nosotros con nuestra maquinaria más escasa, y sobre todo con nuestros recursos, podamos sostener la lucha?

Robineau, pensativo, se olvidaba de comer.

— ¡Trescientas piezas! — murmuraba. Yo tiemblo cuando tomo diez y á ochenta días... Ellos pueden anunciar un franco, dos, más barato que nosotros. He calculado que hay una baja de quince por ciento por lo ménos en los artículos de catálogo cuando se les compara con nuestros precios... Eso es lo que mata á los comercios pequeños.

Robineau se hallaba en una hora de desaliento. Su mujer, inquieta, le miraba con ternura. Como no comprendía los negocios, su cabeza, cansada con tantas cifras no se explicaba por qué se daban tan mal rato, siendo tan fácil reír y amarse. Sin embargo, bastaba que su marido quisiera vencer para que, interesándose en la lucha, se sintiera capaz de morir en su mostrador.

— ¿Pero por qué no se unen todos los fabricantes — repuso violentamente Robineau — y entónces pondrían la ley en lugar de sufrirla?

Gaujean murmuraba mientras comía lentamente.

— ¡Ah! porque, porque... es preciso que los telares trabajen, ya os lo he dicho. Cuando hay tejidos por todas partes, en los alrededores de Lyon, en el Gard, en Isère, no se puede descansar un solo día sin pérdidas enormes... Despues, nosotros empleamos muchas veces las bobinas teniendo diez ó quince telares como dueños de la produccion bajo el punto de vista del negocio, en tanto que los grandes fabricantes se ven obligados á mandar remesas lo más rápidamente posible... Así se postran de rodillas ante los almacenes en grande. Conozco tres ó cuatro que se los disputan; perderían gustosos por servirles, y ellos se resarcirían con pequeñas casas como la nuestra. Sí, si existen para ellos ganan para nosotros... ¡Dios sabe cómo terminará la crisis!

— ¡Eso es odioso! — terminó Robineau, á quien alivió aquel grito de cólera.

Dionisia escuchaba silenciosa. En su interior estaba de parte de

los grandes almacenes, por su amor instintivo á la lógica y á la vida. Callaron mientras comían judías verdes en conserva; por fin se arriesgó á decir con acento jovial:

— El público no se queja.

Madame Robineau no pudo disimular un sonrisa que disgustó á su marido y á Gaujean. Naturalmente, los compradores estaban satisfechos porque de estas rebajas ellos eran quienes recogían los beneficios. Pero era preciso que cada uno viviera; ¿dónde irían á parar si bajo el pretexto del bien general favorecieran siempre al público con perjuicio de los productores? Entablóse á propósito de esto una discusion.

Dionisia, fingiendo bromear, aducía argumentos sólidos; los intermediarios desaparecían: agentes de fábrica, representantes, comisionistas, todo lo que entraba por mucho en el comercio; además, los fabricantes no podían vivir sin los grandes almacenes, porque el que dejaba de surtirles notaba muy pronto fatales resultados; en fin, había una evolucion natural en el comercio, lo que no impedía que las cosas marcháran como debían, puesto que todo el mundo trabajaba de buen ó mal grado.

— Vamos, ¿vos defendéis á los que os han puesto en la puerta de la calle? — preguntó Gaujean.

La fisonomía de Dionisia se coloreó vivamente; ella misma estaba sorprendida de su acalorada defensa. ¿Qué había en el fondo de su corazón que tal fuego daba á sus palabras?

— ¡Oh, Dios mio! no — respondió — tal vez yo esté equivocada, vos sois más competente... Yo solamente digo lo que pienso. Los precios, en lugar de fijarlos como ántes una cincuentena de casas, hoy lo hacen cuatro ó cinco que los han bajado, gracias al poder del capital y á la mucha clientela... ¡Tanto mejor para el público, hé ahí todo!

Robineau, en vez de incomodarse, se quedó serio, con la vista fija en el mantel. Muchas veces había sentido el hábito del nuevo comercio, de esa evolucion de que hablaba Dionisia.

En aquellos momentos veía claro y se preguntaba por qué resistir á la enérgica corriente que lo arrastraba todo.

Madame Robineau misma, al ver á su marido pensativo, aprobó con una mirada á Dionisia que había vuelto á quedar silenciosa.

— ¡Vamos! — repuso Gaujean cortando aquella situación — todo eso son teorías... hablemos de nuestro negocio.

Despues del queso, la criada sirvió dulces y frutas. Gaujean co-

mia el dulce con el placer inconsciente de un goloso que adora el azúcar.

— Es preciso que derroteis al *Paris-Bonheur*, que ha tenido este año un gran éxito... Me he entendido con alguno de mis correspondientes de Lyon y os traigo una oferta excepcional, una seda negra, una faya que podréis vender á cinco francos cincuenta céntimos... Ellos la venden á cinco francos sesenta, ¿no es así? Pues bien, ésta será diez céntimos ménos, es lo bastante para que podais venderla.

Era muy frecuente en el estado nervioso que atormentaba á Robineau, verle pasar bruscamente de la desesperacion á la esperanza, y brillando ésta en su mirada, preguntó :

— ¿Teneis una muestra?

Gaujean sacó de su cartera un trocito de tela de seda.

— ¡Es más bonita que el *Paris-Bonheur*! — exclamó Robineau entusiasmado. — De todas maneras, es de más efecto, el grano es más grueso... Teneis razon, es preciso probar. ¡Ah! ¡por esta vez ya los veoré mis piés!

Madame Robineau, que participaba del mismo entusiasmo, calificó de magnífica la seda. Dionisia también creyó en el buen resultado, y el fin de la comida fué en extremo alegre. Al oírles hablar tan envalentonados, se hubiera creído que *La Dicha de las Damas* estaba en la agonía. Gaujean, acabando un tarro de dulce, explicó los enormes sacrificios que él y sus colegas tenían que imponerse para dar tal género á tan bajo precio; pero estaban decididos, aún cuando tuvieran que arruinarse, á matar los grandes almacenes. La llegada de Vinçard, cuando iban á tomar el café, aumentó la alegría. Al pasar por allí había entrado para saludar á su sucesor.

— ¡Famoso! — dijo examinando la seda. — Yo os aseguro que los arrollaréis!.. ¿Eh? ¡bien os decia que aquí había un filon de oro!

Vinçard refirió despues que acababa de tomar un restaurant en Vincennes. Éste era un deseo que alimentaba sin darlo á conocer desde la época en que luchaba en la calle Neuve-des-Petits-Champs, temiendo no vender sus existencias ántes del traspaso, y se juraba poner su pobre dinero en un comercio donde lo pudiera recoger cuando le conviniera. En la boda de un primo le ocurrió la idea de un restaurant; de todo sacaba producto; le habían hecho pagar diez francos por el agua de fregar la vajilla,

donde nadaban los patos. Delante de los esposos Robineau su alegría de haberles endosado un negocio del que él desesperaba poder desembarazarse, alargaba aún más su fisonomía, y sus grandes ojos y su abierta boca que rebosaba salud.

— ¿Y vuestros dolores? — preguntó afectuosamente Mme. Robineau.

— ¿Qué dolores? — murmuró extrañado.

— Los que padeciais cuando estabais aquí.

Vinçard recordó ruburizándose, y respondió :

— ¡Oh! todavía me hacen sufrir... Sin embargo, el aire del campo, ya comprendéis... Pero volviendo á la conversacion, habeis hecho un gran negocio... ¡Si no es por mis reumatismos, ántes de diez años me hubiera retirado con diez mil francos de renta!.. palabra de honor.

Quince días despues se entabló la lucha entre Robineau y *La Dicha de las Damas*. Por un momento fué célebre y ocupó á todo el comercio parisiense. Usando las armas de su adversario, Robineau buscó la publicidad por medio de los periódicos; formó enormes pilas de la famosa seda detras de sus cristales; la anunció en grandes carteles, en los que se destacaba en cifras gigantescas el precio de cinco francos cincuenta céntimos. Esta cifra hizo impresion en las mujeres: diez céntimos más barata que en *La Dicha de las Damas*, y la seda parecia más fuerte. En los primeros días acudió gran número de compradores; Mme. Marty compró un traje del que no tenía necesidad, con el pretexto de la economía; Mme. Bourdelais halló muy hermosa la tela, pero prefirió aguardar, figurándose lo que iba á pasar.

En efecto, á la semana siguiente Mouret bajó de golpe el *Paris-Bonheur* veinte céntimos. Antes de esta decision tuvo con Bourdoncle y los socios una discusion acalorada para decidirlos á que aceptáran la batalla hasta el punto de perder, puesto que era una pérdida de dinero bajar el precio de un género que vendian á lo mismo que les costaba. El golpe fué rudo para Robineau; nunca creyó en aquella rebaja, porque los suicidios de la competencia, en que se vende perdiendo, eran todavía desconocidos. Los compradores, atraídos por la baratura, afluyeron en seguida á la calle Neuve-Saint-Augustin, en tanto que el almacén de la calle Neuve-des-Petits-Champs quedaba desierto. Gaujean corrió á Lyon, tuvo conciliábulos azorados y acabó por tomar una resolucion heroica: la seda sería todavía abaratada en diez céntimos,

vendíendola á cinco francos treinta céntimos, precio en el que ya no cabía rebaja, á ménos de estar loco. Al día siguiente Mouret la anunció á cinco francos veinte céntimos. Desde aquel momento los dos parecieron acometidos por un frenesí: Robineau la puso á cinco francos quince; Mouret la fijó en cinco francos diez. Cada baja de cinco céntimos, en la que el público salía ganancioso, les ocasionaba pérdidas considerables. Los clientes reían encantados de aquel duelo, conmovidos por los golpes terribles que las dos casas se daban por complacerlos. Por fin Mouret lo dejó en cinco francos; en su almacén los dependientes estaban pálidos, aterrados, ante aquel desafío á la suerte. Robineau, asustado, se detuvo también en los cinco francos, sin valor para continuar bajando. Los dos descansaron en sus posiciones, frente á frente, con el destrozo de su mercancía en torno de ellos.

Si bien el honor de una parte y otra estaba salvado, para Robineau la situación era angustiosa. *La Dicha de las Damas* tenía fondos y una clientela que le permitía equilibrar sus beneficios, en tanto que él, sostenido solamente por Gaujeau, no podía compensarse con otros artículos, y quedaba desarmado, deslizándose cada día un poco más por la pendiente del déficit. Su temeridad le mataba á pesar de la numerosa parroquia que las peripecias de la lucha le habían llevado. Uno de sus tormentos secretos era el ver esta parroquia abandonarle lentamente para volver á *La Dicha*, después del dinero perdido y los esfuerzos hechos para conquistarla.

Llegó un día en que se agotó su paciencia. Una cliente, madame de Boves, llegó á su casa en busca de manteletas. Había montado Robineau un despacho de confecciones de su especialidad en seda, pero ella no se decidió á llevar ninguna, lamentándose de la clase de la tela y acabando por decir:

—Es mucho más fuerte el *Paris-Bonheur*.

Robineau se contuvo, afirmándole con su política de comerciante que se hallaba equivocada, con tanto más respeto cuanto más temía dejar traslucir su cólera interior.

—¡Mirad bien la seda de esta rotonda! — repuso ella; — parece de tela de araña... Ya conocéis que la de á cinco francos es cuero al lado de ésta.

Robineau no respondió; la sangre se le había agolpado al rostro y sus labios temblaban. Precisamente él había ideado el ingenioso golpe de comprar para sus confecciones la seda de su rival.

De este modo era Mouret el que perdía en el género, y él no hacía más que cortar los orillos.

—¿De véras hallais más fuerte el *Paris-Bonheur*? — murmuró.

—¡Oh! cien veces — dijo Mme. Boves. — No hay comparacion.

Aquella injusticia de su cliente le indignó. Dando ella vueltas á la rotonda con aire disgustado, un orillo azul y plata escapado á la tijera apareció bajo el dobladillo. Entónces, sin poderse contener más, dijo:

—Pues bien, señora, esta seda es *Paris-Bonheur*, la he comprado yo mismo... ved el orillo.

Madame de Boves se fué muy humillada. Muchas damas le abandonaron; la historia había corrido. En medio de esta ruina, cuando el temor al mañana le asaltaba, sólo temblaba por su mujer, criada en una paz tranquila, incapaz de ser pobre. ¿Qué sería de ella si una catástrofe los dejaba en la calle y con deudas? Culpa era de él, que no debía haber tocado nunca á los sesenta mil francos. Su esposa le consolaba. ¿No era de él el dinero lo mismo que de ella? Sólo pedía ser amada como lo era, y en cambio daba todo su corazón, su vida. Poco á poco, la ruina de la casa se acentuó. Cada mes las pérdidas aumentaban en una proporcion lenta, que conducía á un resultado fatal. La tenaz esperanza los tenía en pié, anunciándoles siempre la ruina de *La Dicha de las Damas*.

—¡Bah! — decia él — aún somos jóvenes... El porvenir es nuestro.

—Y además, ¿qué importa? nada; si has hecho lo que querías hacer — respondia ella — en estando tú contento yo también lo estoy, amigo mio.

Al ver tanta ternura, Dionisia no podía ménos de cobrarle afecto. Temblaba al ver la inevitable caída, pero no se atrevía á intervenir. Entónces acabó de comprender el poder del nuevo comercio y de apasionarse por aquella fuerza que trasformaba á París. Sus ideas se maduraban y la gracia de la mujer brotaba en aquella salvaje muchacha llegada de Valognes. A pesar de su escasez de dinero y de su excesivo trabajo, parecía dulce y tranquila la vida. Después de pasar en pié todo el día, la era preciso volver á escape á su casa para ocuparse de Pepé, á quien afortunadamente daba de comer Bourras; allí una infinidad de quehaceres la esperaban: una camisa que lavar, una blusita que recoser, y mezclado á todo esto el ruido que armaba el pequeño, que tanto le martillaba la cabeza. Jamás se acostaba ántes de media no-